Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, XCVII-2, 2021, 211-229

DOÑA EMILIA ENTRE LA HOSTILIDAD Y EL RIDÍCULO

En la novela *Dulce Dueño* (1911), que en muchos sentidos es su testamento literario, encontramos una interesante opinión sobre lo que es la vida social para una escritora. Está puesta en boca de la protagonista, Natalia Mascareñas, cuando se entera de que la llaman literata: «¡Literata! No me meteré en tal avispero. ¿Pasar la vida entre el ridículo si se fracasa, y entre la hostilidad si se triunfa?».

Podría parecer que es una opinión del personaje, pero doña Emilia dejó sobradas muestras de que esa opinión era fruto de su experiencia:

En 1912, en uno de los artículos que publicó en el *Diario de la Marina* de la Habana, bajo el título de Cartas de la Condesa, declara abiertamente: «No hubo diablura que no se ejercitase contra mí; ya eran chinitas, ya zurriagazos».[1]

En *La Quimera*, por boca de su alter ego, el personaje de Minia Dumbría, confiesa su admiración y preferencia por el arte anónimo medieval, el artista sin nombre que disfruta de su arte y no padece rivalidades ni envidias. Su interlocutor, un pintor que aspira a ser reconocido, le dice que ella no ha practicado ese anonimato. Y

[1] Véase Emilia Pardo Bazán, *Cartas de la Condesa en el Diario de La Marina*, La Habana (1909-1915), edición de Cecilia Heydl Cortínez, editorial Pliegos,2002.

la respuesta de la artista consagrada es: «Por eso he recibido en mitad del pecho todas las puñaladas[2].

Algunos años más tarde, en una entrevista que le hace El Caballero Audaz encontramos una declaración aún más radical acerca de la hostilidad de las mujeres, en concreto las españolas, hacia su persona:

> Tengo la evidencia de que, si se hiciese un plebiscito para decidir si ahorcarme o no, la mayoría de las mujeres españolas votarían que ¡sí! [3]

¿Cuál era la causa de tanto encono? ¿Qué hacía?, ¿cómo era doña Emilia para despertar esa hostilidad?

Había unas causas sociales y otras personales. La principal causa social era que no se ajustaba al modelo que la sociedad propugnaba para las mujeres.

Rosalía de Castro, casi medio siglo antes, dejó escrito:

> Las mujeres ponen de relieve hasta el más escondido de tus defectos y los hombres no cesan de decirte que una mujer de talento es una verdadera calamidad, que vale más casarse con la burra de Balaán y que solo una tonta puede hacer la felicidad de un mortal varón» («Las Literatas») [4]

El modelo era el «ángel del hogar», denominación acuñada por el poeta inglés Coventry Patmore en su poema «The angel in the house» en el que alaba las virtudes de su esposa: mujer vinculada al hogar, esposa sumisa, madre abnegada e hija ejemplar que cuida a sus ancianos padres. Su vida estaba siempre en función de un hombre de su entorno, eran 'la hija de', 'la esposa de' o 'la madre de'; carecían de identidad propia. Emilia llamaba a esa situación «el destino relativo de las mujeres», siempre en función de otro ser. No era su caso, ella tenía una identidad y un destino propios. Y eso provocaba rechazo.

---

[2] Emilia Pardo Bazán, *La Quimera,* edición de Marina Mayoral, Cátedra, Madrid, 2022, p.185.

[3] El Caballero Audaz*, Galería (Más de cien vidas extraordinarias contadas por sus protagonistas)* Ediciones Caballero Audaz, Madrid, 1943, p.273.

[4] Rosalía de Castro, «Las Literatas», *Obras Completas* I, ed. de Marina Mayoral, Turner, Biblioteca Castro, pp.657-658.

A este rechazo básico se sumaba otro específico. La literatura del XIX está llena de ataques contra las «literatas« y de quejas y reivindicaciones de escritoras que luchan por el derecho a expresar lo que sienten. La inferioridad intelectual de las mujeres era casi un dogma de fe y a eso se añadía la idea de que el cultivo de la literatura iba unido en las mujeres a la inmoralidad. Don Nicolás Bölh de Faber, hombre instruido, estudioso de la literatura española, le escribe muy disgustado a su mujer Francisca Larrea, que lee a Mary Wollstonecraft y mantiene una tertulia literaria:

> La esfera intelectual no se ha hecho para las mujeres (…) No he encontrado todavía una mujer a quien la más pequeña superioridad intelectual no produzca alguna deficiencia moral. El día que quemes tus Rights of Women (*sic*) será para mí un gran día».[5]

Ese clima propició otro canon, que podemos llamar «de la violeta», que consistía en disimular el talento, y utilizarlo solo humildemente, como la violeta esparce su perfume, sin apenas ser vista. Un ejemplo perfecto es el de Cecilia Bölh de Faber que, digna hija de su padre, ocultó su identidad femenina bajo de nombre de Fernán Caballero y se opuso, siempre que pudo, a que se enseñase a las niñas de familias humildes a escribir. En su obra podemos encontrar perlas como esta: «Lo que aprendas, líbrete Dios de lucirlo, pues harías de un bálsamo un veneno» (*Clemencia*).[6]

A esas causas sociales de rechazo, se suman en doña Emilia causas personales: Nace en una familia de hidalgos, con dinero, de ideas liberales que aplicaron a la educación de su única hija. O sea, por clase social es una privilegiada. Y tiene, además, cualidades excepcionales: memoria extraordinaria que le permite leer a toda velocidad y memorizar sin esfuerzo páginas enteras de un libro; enorme capacidad de trabajo, gran curiosidad intelectual y una mente abierta a todas las novedades. Eran cualidades muy estimadas en un varón y que a ella le granjearon los mayores ataques y burlas:

---

[5] Cito por Javier Herrero, *Fernán Caballero, Un nuevo planteamiento*, Gredos, Madrid, 1963, p.39.

[6] Fernán Caballero, *Clemencia*, edición de Julio Rodriguez-Luis, Catedra, Madrid, 1982, p.180.

se la tachó de pedante, imprudente, metementodo, ambiciosa y 'mala mujer'. Además de los testimonios escritos que iré aportando en este trabajo, adelanto el testimonio oral que me transmitió un amigo de A Coruña: Su abuelo, al enterarse de que yo trabajaba sobre doña Emilia, le dijo: «¡Ah! La Pardo Bazán… una mala hija, una mala esposa, una mala madre; una puta». Esa era la idea que tenía un buen burgués a mediados del siglo XX, pero veamos lo que decían de ella sus colegas en las cartas privadas.

Don Marcelino Menéndez Pelayo en cartas a Juan Valera hace frecuentes comentarios sobre doña Emilia. A cerca de su interés por el naturalismo, opina:

> No hay que tomarla por los serio en este punto ni en muchos otros. Tiene ingenio, cultura, y sobre todo singulares condiciones de estilo; pero, como toda mujer, tiene una naturaleza receptiva y se enamora de todo lo que hace ruido, sin ton ni son y contradiciéndose cincuenta veces. Un día se encapricha por San Francisco y otro día por Zola.[7]

Cuando lee los *Apuntes Autobiográficos* que doña Emilia pone como prólogo a *Los Pazos de Ulloa*, escribe: «A mi entender rayan en los últimos términos de la pedantería».[8]

Admira siempre su estilo y su capacidad de trabajo, pero eso no le hace variar su opinión sobre ella y sobre las mujeres en general:

> Es para mí, muestra patente de la inferioridad intelectual de las mujeres- bien compensada con otras excelencias- el que teniendo doña Emilia tantas condiciones de estilo y tanta aptitud para estudiar y comprender las cosas, tenga al mismo tiempo un gusto tan rematado y una total ausencia de tacto y discernimiento»[9]

Don Marcelino tiene muchas notas en común con doña Emilia: memoria excepcional, gran capacidad de trabajo, además de

---

[7] *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, *1877-1905*, Publicaciones de la Sociedad Menéndez Pelayo, Espasa Calpe, Madrid, 1946, pp. 297

[8] *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo,* edición citada, p.315

[9] *Idem,* ed. citada, p 315

ser un erudito escribe poesía… ¿por qué la critica tanto? Creo que hay varias razones:

En primer lugar, porque es hombre de ideas fijas y doña Emilia es una viviente contradicción a sus opiniones sobre la mujer. Además, se permite criticarlo. Le prodiga alabanzas y elogios, pero de vez en cuando le hace observaciones que son puñaladas a la vanidad del ilustre polígrafo. Un ejemplo es la carta en la que, «por la elevadísima idea que de usted tengo», le recrimina sus elogios a una traducción de los *Ensayos* de Macauly. En tono protector, y atribuyéndolo a «su bondad e indulgencia, propias al fin de sus pocos años», le dice:

> ¿Por qué elogia usted a ese individuo? Usted que ha leído a Macauly en inglés ¿no se horroriza de aquella amplificación desleída e insulsa? (…) Me costaba trabajo reconocer párrafos que casi sabía de memoria de leerlos una y mil veces en la *Revista de Edimburgo*.[10]

Tampoco debió caerle bien el comentario a propósito del tomo III de la *Historia de las Ideas Estéticas en España*:

> En Francia oí decir a algunas personas que estiman y admiran a usted, que el plan artístico ganaría con ceñirse más a lo puramente hispano y haber suprimido mucho de lo que a las teorías helénicas dedicó.[11]

En esa misma carta, le reprocha su incomprensión y desconocimiento de la literatura francesa actual:

> Con lo que no estoy conforme es con el modo que tiene usted de juzgar a los naturalistas. No *infestan*, amigo mío, la literatura francesa; no los juzgue usted por cuatro libracos lupanarios y pornográficos. Eso no es digno de usted (…) ¿cómo no se toma la molestia de seguir un poco la evolución estética *actual* en Francia?

---

[10] Enrique Sánchez Reyes,» Cartas de Emilia Pardo Bazán a don Marcelino Menéndez Pelayo», *BBMP*, XXIX, 1953, pp.128-129.

[11] *Epistolario de Marcelino Menéndez Pelayo*, Fundación Universitaria Española (1982-1991) vol. 7, edición al cuidado de Manuel Revuelta Sañudo, carta nº 568.

Y está, finalmente, la cuestión de la rivalidad. Llega un momento en que don Marcelino teme que doña Emilia le pise su terreno. Esa actitud se hace muy patente cuando ella le anuncia su intención de escribir una historia de la Literatura Castellana. Como es lista, se apresura a negar toda posible competencia con el admirado maestro:

> Creo que V. está seguro de la admiración y casi veneración que le profeso, y por tanto no me atribuirá propósitos de competencia que supondrían en mí desconocimiento de lo que V. vale y de lo que yo alcanzo. Al contrario; precisamente en la distancia y diferencia que existe entre nosotros fundo yo mis esperanzas de hacer algo sobre literatura castellana, aunque V. cultive también ese terreno. Mis libros no tendrán nunca la riqueza erudita de los de V.: serán -si a tanto alcanzan- libros de no ingrata lectura, jamás libros de consulta, ni arsenal de datos, ni fuente de nueva luz para el conocimiento de nuestras letras.[12]

No sé si a don Marcelino le molestó que dijese que sus obras no eran de grata lectura, como son los de ella, sino «libros de consulta« y «arsenal de datos». Lo que sí es seguro es que teme la competencia. En carta a su colega y gran amigo Gumersindo Laverde, le dice: «pondré mano a la [historia de] Literatura española, para evitar que se me adelante D.ª Emilia».[13]

José Manuel González Herrán, que ha estudiado este tema,[14] opina que la preocupación se convierte en «poco menos que obsesiva» y lleva a los dos catedráticos a plantearse la idea de proponer a la Academia un concurso sobre el Cid o sobre los místicos españoles como cebo para que doña Emilia abandone la idea de su Historia de la Literatura Castellana.[15] Don Marcelino teme

---

[12] *Epistolario de Marcelino Menéndez Pelayo*, Fundación Universitaria Española, carta nº 83 , de doña Emilia a don Marcelino.

[13] *Epistolario de Marcelino Menéndez Pelayo*, Fundación Universitaria Española, carta nº 90 de don Marcelino a Gumersindo Laverde.

[14] José Manuel González Herrán, «Emilia Pardo Bazán en el Epistolario de Marcelino Menéndez Pelayo», *Cuadernos de Estudios Gallegos,* 101 (1986-87), pp.325-342.

[15] *Epistolario de Marcelino Menéndez Pelayo*, Fundación Universitaria Española, Cartas nº 95 y 109 (de Laverde a don Marcelino)

incluso que le robe las ideas de su curso de Literatura en la Universidad y así le recomienda a don Gumersindo el cuidado de su programa: «no se lo dejes ver sino a persona de tu mayor confianza, porque si no, podría salir cualquiera desflorándome el pensamiento, vg. nuestra amiga D.ª Emilia».[16]

Pese a todo, la relación entre ambos escritores se mantuvo en términos, al menos, de cortesía. No es el caso de Palacio Valdés, que en cartas a Clarín da muestras de una hostilidad rastrera, haciéndose eco de murmuraciones malintencionadas y de comentarios impropios de un intelectual. Veamos algunos ejemplos:

> Emilia Pardo también está imprimiendo otra (novela). Acá para nosotros, no espero nada de ella porque no es muy lista. Esta es también la opinión del público (en carta sin fecha).[17]

En carta fechada en 1887, cuando doña Emilia ha triunfado como novelista con *Los Pazos de Ulloa,* cuando incluso Clarín ha reconocido públicamente su valor literario, Armando Palacio le comenta: «Estas mujeres que se meten a hombres no logran pasar de los veinte años»[18].

Y en diciembre de 1891, este comentario propio de una portera chismosa:

> Otro rasgo de la Pardo. Me ha dicho el dependiente de Suárez que tiene en la puerta de su casa un cuadrito de quita y pon que dice: *La señora Pardo no está*. Yo creo que, si en el mundo se perdiese la noción de la cursilería, la presencia de esta mujer bastaría para resucitarla.[19]

La relación con José María de Pereda fue mala por ambas partes. La enemistad se inicia por un artículo de Pardo Bazán sobre la obra del escritor santanderino, publicado en *La Época* en 1982, y

---

[16] *Epistolario de Marcelino Menéndez Pelayo*, Fundación Universitaria Española, carta 241 (de don Marcelino a Laverde)

[17] *Epistolario a Clarín*, prólogo y notas de Adolfo Alas, Ediciones Escorial, Madrid, 1941, p.126.

[18] . *Epistolario a Clarín*, ed. citada, p. 133.

[19] Idem, p. 151

que incorporó un año después a un capítulo del libro *La cuestión palpitante*. En él, reducía al escritor santanderino a la categoría de un autor costumbrista:

> Puédese comparar el talento de Pereda a un huerto hermoso, bien regado, bien cultivado, oreado por aromáticas y salubres auras campestres, pero de limitados horizontes (…) Pereda se concreta a describir y narrar tipos y costumbres santanderinas, encerrándose así en breve círculo de asuntos y personajes.[20]

El comentario tuvo gran repercusión y acabó siendo un tópico[21] sobre Pereda, con lo cual el disgusto del escritor fue en aumento y con ello sus críticas a Pardo Bazán, que nunca rectificó aquel juicio sobre su colega.

Por su parte, Pereda, durante algún tiempo, limitó sus críticas a lo literario e incluso le prodigó alguna alabanza, pero su inquina fue en aumento y acabó atacando a la persona. En carta a Galdós, comenta con elogio *Los Pazos de Ulloa* : «Los Pazos me han parecido la mejor novela de Pardo, de una belleza indiscutible , sin que aparezca por toda la novela señal alguna de es pujo de sectaria artificiosa del naturalismo convencional al uso, que tanto perjudica en otras». Sin embargo, enseguida añade un comentario a los «Apuntes Autobiográficos», donde ya se ven los ataques a la persona: «Lo que refuto por insoportable e indigerible es la autobiografía del principio: aquello (…) es de una cursilería semiestúpida que tira de espaldas»[22].

Y las cosas fueron empeorando. Pereda, en su novela *Nubes de estío*, denuncia que los novelistas periféricos reciben poca atención por parte de la crítica centralista. Doña Emilia lo refuta en el artículo «Los resquemores de Pereda», atribuyendo a la susceptibilidad de las glorias locales la supuesta desatención. El escritor responde con «Las comezones de la señora Pardo Bazán», de tono abiertamente

---

[20] Emilia Pardo Bazán *La Cuestión palpitante,* edición de José Manuel González Herrán, Anthropos, Barcelona, 1989, p.311.

[21] Véase Jose Manuel González Herrán *La obra de Pereda ante la crítica literaria de su tiempo*, Santander, Ayuntamiento – Eds. Librería «Estudio», 1983.

[22] *Cartas a Galdós*, edición de Soledad Ortega, *Revista de Occidente,* Madrid, 1964, pp.114-115.

agresivo desde las primeras líneas, asegurando que padece "la comezón de meterse en todo, de entender de todo y de fallar en todo, como si el público no pudiera pasar sin ella un solo día en las columnas de los periódicos". Doña Emilia contesta con «Una y no más… Al público y a Pereda», cerrando ese triste episodio en el que hay que decir que ella siempre empleó un tono mucho más cortés y respetuoso que su colega y antiguo amigo. Pereda sacó a la superficie todo el resentimiento y quizá la envidia acumulada en muchos años contra aquella a quien llamaba en cartas a los amigos «tarasca».[23] Un ejemplo más de la mala actitud del santanderino es la versión que le da por carta a su amigo José María Quintanilla de la conferencia pronunciada por doña Emilia en la prestigiosa sala Charras de París, entidad que solo invitaba a personalidades con gran prestigio internacional:

> Ya habrás visto la tarascada de la Pardo en París. Aquí nadie la toma en serio y todo el mundo sabe que ha sido el viaje una componenda de las que ella arma para darse pisto y el gustazo de desfogar sus envidias y sus rencores desde alta tribuna, contra todo lo que le hace sombra, incluso la patria, a la que tan mal parada ha dejado en su conferencia (…) Esta desdichada mujer, por el ansia de llamar la atención, es capaz de bailar en cueros vivos en la Puerta del Sol. Y sino, al tiempo.[24]

Doña Emilia había hablado de «La España de ayer y de hoy. La muerte de una leyenda», y su conferencia está considerada por los historiadores como un lúcido análisis de la situación que culminó en la crisis del 98.

Pardo Bazán nunca rectificó su opinión sobre el novelista. Al comentar en *La Ilustración artística*, en su sección de «La vida contemporánea» la muerte del escritor, se refiere a él como «el eminente costumbrista D. José María de Pereda». Hace un resumen de lo que fue su amistad, de sus repetidos elogios al escritor, de las

[23] Sobre este tema da muchos detalles Salvador García Castañeda en «Enemistades más que literarias: Pardo Bazán, Pereda y Lázaro Galdiano», *Cartas Hispánicas*, 011, 3 de julio de 2020, pp. 3-47.

[24] Cito por Pilar Faus, *Emilia Pardo Bazán. Su época, su vida, su obra,* Fundación Pedro Barrié de La Maza, 2003, vol. I, p. 606.

causas de su ruptura, y concluye: «Quedó también confirmada una vez más la verdad de que no hay medio de conservar buenas relaciones con los escritores si se habla en público de sus escritos».[25]

El escritor que atacó con más agresividad y violencia a doña Emilia, y también el más reiterativo en su ataques públicos y privados, fue Clarín, que pasó de prologuista de *La Cuestión palpitante* (1883) a firmar críticas como la de *Insolación* (1889), que rezuman odio. No es fácil entender una evolución tan radical.

Son casi de la misma edad, con un solo año de diferencia, los dos son escritores periféricos que triunfan en Madrid, él como crítico y ella como novelista, los dos admiran el movimiento literario del Naturalismo francés. Él debió de sentirse halagado de que doña Emilia le pidiese el prólogo para una obra que iba a ser polémica; era el reconocimiento de su autoridad en el tema. ¿Qué sucedió a partir de 1883? Algo muy importante: Clarín, que ya se había estrenado como narrador, emprendió la composición de la obra que con el tiempo sería una de las novelas más importantes del diecinueve español: *La Regenta*. Y, como era habitual entre escritores amigos, le dio a leer partes a doña Emilia, que le hizo alguna observación y bastantes elogios… Pero nunca hizo públicos esos elogios mediante una crítica de la novela, una vez publicada. Gamallo Fierros sugirió que ese silencio de doña Emilia, fue uno de los posibles motivos de la enemistad.[26]

Otro motivo puede ser la rivalidad, el sentirse postergado por la escasa atención prestada a *La Regenta* y el éxito de la escritora con *Los Pazos de Ulloa,* publicada un año después.

Dos veces se ocupó Clarín de esta novela y con un tono muy diferente. En la crítica aparecida en *La Ilustración Ibérica*, los días 29 de enero y 5 de febrero de 1887, el tono es elogioso y, aunque divaga mucho, declara abiertamente: »bien se puede decir ahora sin ningún

---

[25] Emilia Pardo Bazán *La vida contemporánea*, 29 de marzo de 1906, edición de Carlos Dorado, *La vida contemporánea* / Emilia Pardo Bazán, Madrid, Área de las Artes, 2005. Reproducción facsimilar de los artículos de Pardo Bazán en *La Ilustración Artística* entre 1895 y 1916.

[26] Dionisio Gamallo Fierros "*La Regenta*, a través de cartas inéditas de la Pardo Bazán a Clarín", en *Clarín y La Regenta en su tiempo. (Actas del Simposio Internacional. Oviedo 1984)*, Oviedo, Ayuntamiento de Oviedo, 1987, pp. 277-312. La sugerencia está en la p. 309.

género de reservas: Emilia Pardo sabe escribir buenas novelas». Alaba la creación de personajes y la pintura del escenario que, pese a ser «el corral de un caserón de aldea, tal vez ni un momento abandona a la autora la visión de lo bello».[27] Por el contrario, unos meses después, en la crítica recogida en *Nueva Campaña* (1885-1886), el tono ha cambiado por completo. Señala que el libro de doña Emilia inaugura una nueva colección de «Novelistas Españoles Contemporáneos», en la cual el editor Cortezo quiere publicar en tomos «que no sean de lujo, pero si decentes, de papel bueno e impresión esmerada, las novelas que vayan escribiendo los mejores novelistas españoles». Clarín parece molesto por la pretensión y deja entrever que a él no lo han invitado a colaborar, pero elogia el propósito de los editores y asegura que han comenzado «con buen pie». A partir de ahí, el tono de la crítica es peyorativo. Los únicos elogios se refieren al estilo. Destaca la contradicción entre el tema, «que requiere una libertad que ella no está dispuesta a tomarse», y el tratamiento que le da la autora: «Monja profesa podría ser y escribir como escribe y lo que escribe». Y, rozando ya lo personal, asegura que: «No quiere enseñarnos su espíritu en las novelas y para ello se abstiene de penetrar en la substancia de las cosas (…) No veo el alma de esa señora, que tanto tendrá que ver».[28]

Es evidente que Clarín ha dejado de ser un escritor amigo y pasa a ser un rival y un colega resentido, y yo diría que envidioso del éxito de Pardo Bazán.

Sobre esa base, las hostilidades se desataron por un desacuerdo entre Clarín y Lázaro Galdeano, editor y propietario de *La España Moderna*. Clarín, en lugar de enviar a la revista la crítica de una novela de Pardo Bazán, envió una de Campoamor. Lázaro se negó a publicarla hasta que no saliese la de doña Emilia, diciéndole que a ella le correspondía salir antes, por ser anterior su obra a la del poeta y, además, por ser colaboradora de la revista. Le sugería, y esto parece ser que fue lo que irritó sumamente a Clarín, que su crítica fuese ponderada. Clarín montó en colera y le contestó exigiendo que se anunciase en la revista su decisión de no escribir más en ella. Se cruzaron algunas cartas entre ellos, y el desacuerdo fue en aumento,

[27] Clarín, *La Ilustración Ibérica,* 29 de enero y 5 de febrero de 1887.
[28] Clarín, *Nueva Campaña, (1885-1886),* Librería de Fernando Fe, Madrid,1887, pp. 215- 237.

sobre todo por parte del escritor, que hizo acusaciones graves. Años después, arrepentido, quiso volver a publicar en la revista, y Lazaro de forma cortés pero firme, se negó a ello.[29]

Clarín dio publicidad a ese desencuentro en su publicación *Museum (Mi revista)*, de 1990, donde explica la ruptura con Lázaro, acusándolo de manipulador y de querer favorecer a doña Emilia: «¡Artículos de encargo! ¡Una orden de prioridad impuesta por el editor! Juntándolo todo, lo que se me pedía era hablar cuanto antes de doña Emilia y hablar de modo que a ella no la enfadara.»[30] Y, tras ese preámbulo hace una crítica demoledora, destructiva, de las últimas obras de Pardo Bazán, ensañándose sobre todo con *Insolación*, donde ataca a la escritora y a la mujer.

Esa misma actitud se refleja en sus cartas privadas. En una ocasión, le comenta a doña Emilia que Antonio Cánovas no ha apoyado la candidatura de Galdós a la Academia por envidia. Ella, que es amiga de Cánovas, refuta esa idea, considerando que, si envidiase «las facultades especiales de Galdós, sería como si envidiase la garganta de La Nevada», que era una cantante de ópera famosa. Clarín se lo cuenta a Galdós, remedando a doña Emilia y tergiversando sus ideas en una carta fechada el 17 de junio de 1891:

> ¿Sabe usted por qué empecé yo a enfriar con esa señora? Por una comparación entre usted y Cánovas. «Pero, criatura, me escribía ¿Qué quiere usted que envidie Cánovas a Galdós? Sería como si envidiase a la Nevada» Es una puta, hombre.[31]

El comentario final da la medida de su odio a la escritora.

Cuando muere Clarín, doña Emilia en carta a Emilio Ferrari, deja constancia del dolor que le producían sus constantes ataques, pero ve la parte buena: Si pudo resistirlos es porque su obra era sólida y perdurable:

---

[29] Véase: A. Rodríguez-Moñino, «Clarín y Lázaro. Un pleito entre escritor y editor (1889-1896)», *Bibliofilia*, 5 (1951)

[30] Clarín *Folletos Literarios, VII Museum (Mi revista),* Librería de Fernando Fe, Madrid,1890, p.8.

[31] Dionisio Gamallo Fierros, artículo citado, p. 311.

> En efecto, con Clarín se nos muere un pedazo, un resto de juventud...
>
> ¿Quién nos desgarrará como aquel perro? Mire usted que yo pasé cuatro o seis años de mi vida sin que un solo instante dejasen de resonar en mis oídos los ladridos furiosos del can. Y ni por esas. Hay quien cree que por esas. Yo no lo creo. Clarín tenía mucha vara alta con los barateros menudos de la crítica. Lo que él censuraba no se atrevían ya a aplaudirlo infinitos periódicos y muchachos. No cabe duda que, para resistir a esa piqueta, algo de solidez habrá. Esto es parte a infundir algún orgullo, y en este sentido, Clarín sí nos hizo bien.[32]

Al contrario de Leopoldo Alas, que proclamaba a los cuatro vientos su hostilidad, don Juan Valera mantuvo con la escritora una actitud que puede considerarse hipócrita. La elogiaba cuando se veían y se burlaba de ella a sus espaldas. Su trabajo como diplomático favoreció probablemente esa tendencia. Para saber lo que piensa es necesario recurrir a las cartas privadas. Por ejemplo, en carta a Menéndez Pelayo dice: «Campoamor, si hubiera crítica en España, hubiera hecho cosas estimables, porque no carece de ingenio; tiene muchísimo, pero la adulación ignorante le ha depravado, ha hecho su ignorancia más atrevida y no escribe sino barbaridades y ñoñerías».[33] Sin embargo, su crítica a las *Obras poéticas* de Campoamor de 1856 tiene tal tono de alabanza, que el autor la puso como prólogo a su segunda edición.[34]

La misma dualidad en su actitud la encontramos respecto a doña Emilia. Se opuso a su entrada en la Academia, y en 1991, en su folleto «Las mujeres y las academias. Cuestión social inocente», además de elogiar y proclamar su absoluta preferencia por la mujer

---

[32] José María Martínez Cachero, «La Condesa de Pardo Bazán escribe a su tocayo, el poeta Ferrari (Ocho cartas inéditas de doña Emilia)» *Revista Bibliográfica y Documental.* Tomo I (1947). Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Miguel de Cervantes de Filología Hispánica, pp. 249-256.

[33] *Epistolario de Don Juan Valera y Don Marcelino Menéndez Pelayo.* Con una introducción de Miguel Artigas Ferrando y Pedro Sáinz Rodríguez, Madrid, Espasa Calpe, 1946, p.286.

[34] Ver Manuel Bermejo Marcos, *Don Juan Valera, crítico literario.* Madrid, Gredos, 1968, p.186.

'ángel del hogar', ofrece argumentos para cerrar el paso a posibles candidatas a la Academia.

Doña Emilia estaba convencida de que solo la rechazaba por cuestión de sexo y así se lo dijo a Estévez Ortega en una de sus últimas entrevistas, en la que reproduce palabras de Valera: «Dijo de mí que de Santa Teresa acá, ninguna mujer española me igualaba a mí en saber, ni discreción ni ingenio… Me combatió sin otro motivo que la razón de sexo»[35].

En parte, tenía razón. En carta a don Marcelino, Valera le comenta que sería una «cursilonería» llevar a doña Emilia a la Academia, pero que lo peor sería «la turba de candidatas que nos saldrían luego», y nombra entre otras a Carolina Coronado. Y concluye: «Por poco que abriésemos la mano, la Academia se convertiría en aquelarre».[36] Es decir, en reunión de brujas…

De doña Emilia admira su estilo y la considera una buena novelista, pero detesta su realismo:

> Su espíritu es una máquina fotográfica que afea las cosas en vez de hermosearlas. Aquello es verdad, pero ¿qué verdad? Lo soez, lo vulgar, lo villano y lo sucio, no superficial y alegremente pintado para hacer reír, sino pintado con delectación morosa y dispuesto de manera que se combine con lo trágico y pesimista.[37]

También detesta su actividad social. Cuando ella está en Francia, relacionándose con los mejores escritores del momento, su comentario a don Marcelino es: «Sospecho que va allí en busca de celebridad, frotándose con los naturalistas»[38].

Y, cuando doña Emilia está intentando que la Academia se abra a las mujeres, Valera le escribe a Morel Fatio: «Quien ha inventado la tramoya y promovido la zalagarda para que el sexo

---

[35] Enrique Estévez Ortega, *El alma de Galicia*, Editorial Mundo latino, 1929, p. 34.
[36] *Epistolario de Don Juan Valera y Don Marcelino Menéndez Pelayo*., edición citada, p. 434.
[37] *Epistolario,* ed. citada, p.479
[38] Ídem, p.344.

femenino se inmortalice es la Pardo Bazán, muy bulle bulle, aunque parece una sandía con patas»[39].

Doña Emilia nunca se enteró de lo que decía en sus cartas Valera y por eso mantuvo con él hasta el final un trato afectuoso.

No sucedió así con Isaac Paulousky,[40] el escritor y periodista ruso exiliado en París, ni con Narciso Oller, al que admiraba como escritor y con quien mantuvo una larga correspondencia. A ambos los consideraba amigos y con ambos rompió su relación al enterarse de que se burlaban y la criticaban a sus espaldas. En el fondo tenían una mentalidad conservadora que se escandalizaba de que ella fumase y bebiese vodka, igual que ellos. Oller, además, cometió la grave indiscreción de contar que, durante su estancia en Barcelona para ver la Exposición Universal de 1888, doña Emilia se había ido sola tres días con Lázaro Galdeano a Arenys de Mar. Se lo contó incluso a Galdós con quien doña Emilia mantenía una relación sentimental por aquellas fechas.[41]

Narcillo Oller en sus *Memorias*, publicadas póstumamente, no reconoce su indiscreción y se extraña de la frialdad de doña Emilia hacia él, pero las cartas de Paulousky no dejan lugar a dudas del papel que jugó en ese asunto:

> Pendant que Pardo était ici et que la conversation est tombée un jour sur vous, la voilá tout d'un coup furieuse - Ah oui, je le connais maintenant. Quand j'étais á Barcelone, ¡il a dit de moi ceci, et cela, et ceci encoré! Enfin, mon cher, tout ce que vous avez vraiment dit sur elle. Je vous ai cependant prévenu qu'il ne fallait pas parler d'elle avec Galdós. II lui a tout raconté. Et maintenant, si vos relations avec elle et Galdós ont changées, vous connaissez la cause.

---

[39] Juan Valera, *Correspondencia*, Vol. 6 (años 1888-1894) Madrid Castalia, 2006 p.336 (carta del 29 de junio de 1891).

[40] Para una detallada información sobre la relación de este personaje con escritores españoles, ver José Manuel González Herrán, «Un nihilista ruso en la España de la Restauración: Isaac Paulovsky y sus relaciones con Galdós, Oller, Pardo Bazán, Pereda». Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Edición digital a partir de *Anales galdosianos*, Año XXIII (1988) pp. 83-105.

[41] Las explicaciones y disculpas que doña Emilia dio a Galdós pueden leerse en Ermitas Penas y Marisa Sotelo, *Epistolario de Emilia Pardo Bazán a Benito Pérez Galdós Crónica de un encuentro intelectual y sentimental*, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela,2021.

> J'ai fait tout mon possible pour la dissuader des idees qu'elle s'est faite sur vous. Dans cela il ne me fallait méme pas me faire violence, puisque je vous connais, et je sais que tout en vous moquant un peu de ses manieres, vous l'aimez et vous l'estimez.[42]

En Oller y Paulousky no encontramos las muestras de rivalidad o envidia que hemos visto en otros escritores. Sus críticas y burlas se refieren al carácter o al comportamiento de doña Emilia, que con frecuencia pecaba de imprudencia y bruscos cambios de humor, como vemos en otra carta de Paulousky:

> Elle est si folie et si légére, que vraiment il est difficile d'entretenir avec elle des relations amicales (Cela, entre nous!)[43]

Lázaro Galdiano admiraba profundamente a doña Emillia y mantuvo, más allá de la aventura de Arenys de Mar, una larga amistad y una colaboración intelectual con ella. Él fue quien la puso al corriente de lo que comentaban sus «amigos».

Pavlovsky, que intentó recuperar la confianza de Pardo Bazán escribiéndole repetidas veces sin obtener respuesta, lamenta muchos años después lo sucedido, y al enterarse de la muerte de la escritora le escribe a Oller, recordándola con cariño y acusando a Lázaro de la pérdida de su amistad:

> Estaba enfadada conmigo gracias al imbécil de Lázaro, que le contó que nos habíamos burlado de ella. ¡Idioteces! Añoro con todo mi corazón a esta mujer eminente, que podía tener sus pequeñas ridiculeces, pero aun así era una buena y brava mujer y un excelente compañero, que no deseaba mal a nadie. ¡Que la tierra le sea leve![44]

---

[42] Carta de Isaac Pavlovsky a Narcís Oller del 18 de mayo de 1890. Dolores Thion «Amistades literarias. Doce cartas de Emilia Pardo Bazán a Isaac Paulousky» La *Tribuna,* 1(2003) pp. 97-147.

[43] Carta de Isaac Pavlovsky a Narcís Oller del 25 de noviembre de 1889. Edición citada.

[44] Dolores Thion, «Amistades literarias. Doce cartas de Emilia Pardo Bazán a Isaac Paulousky, edición citada, p. 116.

Un caso especial fue su relación con Zorrilla. Doña Emilia lo había leído en su adolescencia y sentía respeto y admiración por un escritor que representaba, en su opinión, al Romanticismo popular y que era capaz de emocionar con sus versos a personas de las más diversas clases sociales. Participó en todos los homenajes que se le hicieron, publicó en 1880 en la revista *Galicia* un «Canto a Zorrilla»[45] y ella misma le preparó en Meirás en 1884 una lectura de sus obras, en la época en que ya Zorrilla alquilaba su presencia mediante un representante, y se describía a sí mismo «como el oso que enseña el húngaro, como el mico amarrado a la cadena»[46]. Ella organizó una recepción fastuosa, donde hubo alfombras de flores para el poeta y numerosas composiciones leídas en su honor.

Ocho años después, el periódico *El Liberal* le encarga a Zorrilla un poema para conmemorar el nuevo año 1893. El poeta, que se encuentra en mala situación económica, cosa habitual en él, y mal de salud, (muere el 23 de enero de 1893), sigue manteniendo su facilidad versificadora, y acepta el encargo. El poema, muy largo, comienza así:

> ¿Y aún … por costumbre acaso, tal vez por cortesía,
> para Año Nuevo versos me pide *El Liberal*?

Sigue una enumeración de sus males físicos y una descripción de lo que es su vida, apartada ya del bullicio social. Y, a partir de ahí, empieza la evocación de sus recuerdos en un «torbellino de nombres y de ideas». Mezclando vivos y muertos, aparecen: «obispos, reinas, chulos, civiles, monjas, cómicos, ladrones, misioneros, dinamiteros, clowns, poetas, jueces, músicos y pelotaris y héroes…» y en medio de esa barahúnda: «la inevitable Emilia»[47].

El epíteto tuvo fortuna y desde entonces muchos colegas se refirieron así a Pardo Bazán: «La inevitable».

---

[45] Reproducido por Patricia Carballal en «La velada en honor a José Zorrilla en Meirás», *La Tribuna,* nº 5, 2007, págs. 389-431

[46] Pardo Bazán «Zorrilla», *La Lectura,* 1909. Reproducido en *Obras Completas* III, Aguilar, Madrid, 1973, pp. 1464-1483. Las frases citadas están en la p.1479.

[47] José Zorrilla, poema «1892- 1893», *Obras Completas* II, Ordenación, Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés, p.688.

Ese hecho no parece haber afectado a los sentimientos de doña Emilia hacia él. Siguió admirando su vena popular y tradicional, pero, eso sí, habló de los defectos de su carácter y de las limitaciones de su obra. En 1909 publica en *La Lectura*, dos largos artículos en los que cuenta algunas anécdotas en las que queda patente su falta de agradecimiento a las ayudas que recibía de damas de la alta sociedad, y también cuenta que se llamaba a sí mismo «el rey de los chulos.» Pero su conclusión sobre él es positiva:

> En la psicología de Zorrilla, al lado de ciertas rarezas y crudeza, más bien de palabra, entre las cuales destaca la ostentación de la ingratitud, hay aspectos que infunden simpatía, sobre todo en un poeta: la manera, que puede llamarse *ascética*, de desdeñar su propia obra, la graciosa manía de satirizarla, a veces con acierto; la sencillez absoluta al confesar los errores, el desasimiento y la falta de vanidad , que, por instantes , tienen el atractivo ingenuo propio de un espíritu que nunca pasó de la niñez.[48]

En 1917, cuando está cerca el Centenario del nacimiento del poeta, doña Emilia lo comenta en una de las crónicas que envía al periódico de Buenos Aires *La Nación*. Evoca anécdotas de su vida y acaba con este juicio:

> Su papel, en la evolución romántica, es duradero como los bronces. No tuvo ideas, no tuvo vuelo mental, pero tuvo el instinto de lo tradicional, de lo que España lleva en sí por ley histórica, y remontó la corriente hasta llegar a sus más puros surtidores. Para labor semejante, no hay olvido. Nos olvidaríamos a nosotros mismos, cuando a Zorrilla olvidásemos.[49]

Los ataques sufridos llevaron a Pardo Bazán a una concepción pesimista sobre la vida literaria, como hemos visto en

---

[48] Artículo citado de *La Lectura,* p.1483.

[49] Juliana Sinovas Maté, *Emilia Pardo Bazán:* La *obra periodística completa en "La Nación" de Buenos Aires (1879-1921).* Cito a través de J. M. González Herrán, «Emilia Pardo Bazán escribe sobre el romanticismo en periódicos de América», en José Maria Ferri Coll y Enrique Rubio Cremades (eds) *La tribu liberal. El Romanticismo en las dos orillas del Atlántico.* Madrid. Iberoamericana- Vervuert, 2015, pp. 97-111.

las citas iniciales. En cuanto a las amistades en ese mundo, su conclusión fue que eran incompatibles con el éxito. El desarrollo de una personalidad propia, la consecución de una obra perdurable va a provocar inevitablemente envidias y resentimientos. Así lo expresó en el artículo ya citado de «La vida contemporánea» en el que da cuenta de la muerte de Pereda:

En los comienzos de la vida literaria existe cierta fraternidad, las manos se tienden, las relaciones son francas, cordiales. Pero a medida que pasa el tiempo, lo que brota en el campo, arado por el esfuerzo y regado por el sudor, es la cizaña de la discordia y los abrojos del odio, quizás del despecho y de la envidia. (…) A tanta costa se gana y adquiere el derecho a no ser completamente borrado del libro de la vida después de morir. (29 de marzo de 1906).

Pero no todo fueron desengaños. En una de sus últimas entrevistas, El Caballero Audaz (José Maria Carretero Novillo) le pregunta quienes han sido y son sus mejores amigos. Ella cita a tres, ya muertos: Emilio Castelar, «que me quería como a una hermana»; y «don Antonio Cánovas y su mujer». De los que aún viven, cita al duque de Rivas y a Galdós. Y, tras pronunciar este nombre, añade: «Galdós y yo nos queremos mucho».[50]

Es un hermoso final para una hermosa relación[51] que debió de compensarla de muchos de aquellos abrojos que encontró en su carrera literaria.

MARINA MAYORAL
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

[50] El Caballero Audaz, *Galería (Más de cien vidas extraordinarias contadas por sus protagonistas y comentadas)*. Ediciones E.C.A. Madrid 1943, p. 275.

[51] Los distintos momentos y aspectos de esa relación pueden seguirse a través de las cartas que doña Emilia le escribió a Galdós, publicadas por Ermitas Penas y Marisa Sotelo, *Epistolario de Emilia Pardo Bazán a Benito Pérez Galdós Crónica de un encuentro intelectual y sentimental*, edición citada.